

Jean-Marie Schaeffer. *La experiencia estética*, trad. de Silvio Mattoni, Buenos Aires: La Marca Editora, 2018, 280 páginas.

En el prólogo a esta primera edición en español de *La experiencia estética* (2018), editado originalmente en 2004, Schaeffer da cuenta de su hipótesis de que la experiencia estética forma parte de las modalidades básicas de la experiencia común del mundo y que explota el repertorio común de nuestros recursos atencionales, emotivos y hedónicos, dándole una inflexión particular y singular.

La descripción de la fenomenología básica de la experiencia estética como experiencia atencional, emotiva y hedónica forma la columna vertebral del libro, siendo objeto de sus tres capítulos centrales cada una de esas tres dimensiones. Nos dice el autor que en tanto la investigación filosófica se refiere a una realidad básicamente psicológica, su investigación está centrada en los trabajos de psicología cognitiva, las teorías de la atención, la psicología de las emociones y la neuropsicología de los estados hedónicos. El capítulo final, el más especulativo y abierto según Schaeffer, presenta la

cuestión del cómo al igual que la cuestión del por qué de la experiencia estética.

El primer capítulo plantea la hipótesis de trabajo de que la experiencia estética es una experiencia humana básica, más precisamente, una experiencia atencional que explota nuestros recursos cognitivos y emotivos comunes, aunque modulándolos de una manera característica, en la que justamente reside su especificidad “experiencial”. Así, siempre se realiza en forma de una vivencia cognitiva y afectiva (*Erlebnis*) pero también como una experiencia en tanto proceso y cristalización de nuestras interacciones con el mundo (*Erfahrung*). Schaeffer llega a esta definición luego de evidenciar la falta de claridad tanto de la noción de experiencia como de estética que dominaron en la filosofía en el siglo XX, ya fuera por antipsicologismo como por reducir el campo de la estética al terreno del arte.

El segundo capítulo titulado “La atención estética” derriba la concepción “espontánea” de la experiencia estética como con-

templación al reinsertarla dentro de la vida humana vivida, más específicamente dentro de la vida atencional como tal. La experiencia estética, nos dice Schaeffer, a partir de ciertos trabajos de psicología cognitiva de los que da cuenta, modula nuestra atención según vías totalmente singulares. De esta manera, en la atención modulada estéticamente, el acento se desplaza del polo de la atención focalizada hacia el de la atención distribuida, lo que corresponde a una sobreinversión atencional. Introducirse en una experiencia estética equivale a adoptar un estilo atencional particular, el divergente.

En el tercer capítulo el foco está puesto en las emociones, más específicamente en el lugar que estas cumplen en la experiencia estética y en su relación con la cognición. Aquí el autor refuta las raíces de la teoría no cognitiva del arte- según la cual las obras de arte serían vectores de experiencias emotivas sin un contenido cognitivo real- desde el marco de la psicología conductista, concluyendo que la cognición y las emociones forman dos sistemas estructuralmente correlacionados.

En el cuarto capítulo el filósofo francés retoma el análisis de la paradoja del placer trágico que ya había iniciado al final del anterior para dar cuenta de la experiencia estética como experiencia hedónica. Así, la caracteriza como una relación cognitiva en la cual se comprometen, si no siempre mediante un acto de voluntad, al menos siempre libremente, recursos atencionales que no responden al círculo de *feedback* pragmático impuesto por el objeto de atención. Es también un proceso atencional dentro de una inversión autoteleológica que no procura obtener un resultado cognitivo que pueda ser introyectado (directamente) en nuestras interacciones con el mundo y los seres humanos. Asimismo, el cálculo hedónico que acompaña en cualquier circunstancia los tratamientos perceptivos y más aún los cognitivos, desinvierte parcialmente la evaluación del objeto o del acontecimiento e invierte la evaluación del proceso atencional en sí mismo, que es finalmente lo que importa, en una relación estética.

En el último capítulo, el más especulativo dicho por el mis-

mo autor, el tema es el de la genealogía y las funciones de la experiencia estética. Allí la hipótesis planteada es que si no la experiencia estética en el sentido pleno (humano) del término, al menos los recursos mentales y la combinación de dichos recursos, propios de un perfil atencional, tienen un fundamento biológico. Schaeffer refiere al respecto el caso de los pájaros pergoleros, que construyen arquitecturas “impresionantes” llamadas “pérgolas” para seducir a la hembra. Luego refuta el contrargumento de las señales costosas en términos de una homología funcional que le podrían aplicar a su planteo, y al hacerlo (y el lector lo agradece por su riqueza) logra precisarlo.

Así, sostiene que teorías que interpretan el funcionamiento social de las artes y más en general de la relación estética en términos de prestigio, como las del capital simbólico de Bourdieu o la de la clase ociosa de Veblen, realizan un reduccionismo social al convertir al arte y a la relación estética en epifenómenos de otros hechos sociales que se supone que los fundan. Es decir, la reducción funcionalista supone una con-

cepción muy simplificadora de las razones que llevan tanto a un individuo a crear obras de arte como a un receptor a conceder una atención costosa a esa señal costosa. La experiencia estética no es una función.

Schaeffer concluye que la experiencia estética en tanto se define como una dinámica atencional regulada por el índice de atractividad de la misma actividad atencional, puede cumplir diversas funciones dentro de distintas secuencias comportamentales. De esta manera, lo que constituye la unidad antropológica de las prácticas artísticas humanas es la identidad de un conjunto de estructuras procesuales.

El texto resulta fundamental para comprender la experiencia estética, a la luz de las investigaciones de la psicología cognitiva, las teorías de la atención y la neuropsicología. Además, su riqueza es evidente al estar la investigación orientada por la mirada filosófica y por un preciso conocimiento de la historia de la estética moderna y contemporánea.

María Jimena Vignati
UMSA-UADE